

# El cuento presuade por Ateneo CIRA Puerto Rico, 1900.

(Por la Hija del Caribe.)

CIRA era una flor de playa:  
Nacida en un pueblecillo de la costa norte de Puerto Rico,  
casi una aldea cuyas casas eran besadas constantemente por  
las olas, parecía que el mar, a quien ella adoraba como algo  
que le pertenecía de derecho, la había formado de espumas,  
de algas doradas y de esmeraldas. 3

Era alba y blonda, su tez sedosa habíase cubierto de  
pequeños lunarcitos de oro, como caricias del sol; sus ojos  
de un turbador verde reflejaban la onda, y toda ella  
era gentil, armónica, venusina como una virgen del TIZIANO.

Vivía sola con su abuelo Claudio, un viejo lobo de  
mar que había sido y era todo para ella en el mundo, pues  
que al nacer, se ausentó su madre para siempre..... y su  
padre, pobre marinero que se ganaba la vida con la pesca  
de alta mar, había perecido en un horrible naufragio, no lejos  
de la costa, donde este mar Atlántico guarda sorpresas  
tan terribles. 3

Cira crióse como un gorrión de playa; y, libre como  
éstos, fueron sus juegos infantiles el corretear por la orilla  
del mar, buscar mariscos y caracoles, y pasarse las horas  
muertas sentada sobre los acantilados, o echada en la arena  
contemplando con sus ojos glaucos, de transparencia de  
acuario el mar, siempre el mar inmenso, adorado, reflejándose  
en su rostro la expresión de un deseo intenso de surcarlo,  
abrazarlo, y vivir con él en un eterno éxtasis de adoración.

En las noches serenas, esas noches de limpidez incomparable  
de nuestra zona tórrida borincana, se entretenía Cira en  
contar las estrellas, acostada sobre la playa de cara al  
cielo, al lado del abuelo que, pacientemente aguardaba a que  
terminase su importante operación aritmética, fumando su pipa  
que expelía el humo como una chimenea: ----- Mirá Abuelo,  
le decía la nieta, cuente conmigo las estrellas, coja su parte  
y no me toque la mía; a mí me corresponden: las siete ca-  
brillas, la Cruz de Mayo, los Reyes Magos, el Caminito de San-  
tiago, las Tres Marías, y a usted le tocan todas las demás.

Así en su lenguaje científico naturalista explicaba la  
niña su cuadro astronómico, y el viejo la contestaba satis-  
fecho: -----Bien, procuraré no coger ninguna de las tuyas, y,  
volviendo a ser niño, se entretenía en contar con la nieta  
su parte de estrellas.

- o -

Claudio estaba ya muy envejecido: con su frente acuchi-  
llada de cicatrices --- heridas de los años ---, su boca des-  
dentada donde sólo florecía un colmillo ennegrecido como un  
clavo viejo, era una ruina que no podía pensar más que en la  
vida sedentaria, y, se pasaba las horas sentado a la puerta  
de su casita entretenido en remendar las redes de los pesca-  
dores, pero así y todo, era el viejo marinero por su pericia,  
por su bravura de antaño, que no conoció el miedo de las olas,  
siempre comentada, y por su experiencia, un Oráculo para toda  
la gente moza que le consultaba su opinión sobre cuestiones  
marítimas, sin que jamás se hubiera equivocado ni en las

de la espina

venenosa - ojo

gracioso cuento



señales de tormenta, ni en ningún augurio relacionado con su oficio.

Mal tiempo anunciado por Claudio era tormenta segura; él no sabía de barómetros, pero sacando a relucir cábalas por él observadas; por ejemplo, si las olas sonaban de tal manera al romper sobre los acantilados, si la pleamar o la bajamar tomaban horas distintas, si parecía tal signo al poniente al lado del sol, de todos modos, él siempre acertaba en sus pronósticos, y, a haberlo escuchado el padre de CIRA no estaría ahora en el mundo huérfana su nieta.

Esta toda alba y blonda, semejaba una flor de loto al lado del oso marino; él tenía por la chiquilla un cariño idólatra, y jamás contrarió sus gustos, pues su correteo de pájaro inquieto, era para él motivo de regocijo por la certeza que esto le daba de la plena salud de la muchacha.

Así se criaba ella como una salvajilla, libre, inconsciente, ignorante de todo deber, de todo pudor, de todo recato.

- 0 -

Frisaba Cira en los catorce años cuando todo cantaba en ella como <sup>ma</sup> tendebha de amor, y aun no había concurrido a la escuela.

Sus catorce años eran como los catorce versos de un bello soneto; como los catorce pedínculos que ostenta en su cabeza el pavo real, y, como éste ignoraba la belleza y aristocracia de su canda, y el ruiseñor la flauta que llevaba en su garganta, así mismo ignoraba CIRA su opulenta hermosura.

Sus oceánicas pupilas dinteladas por dos cejas de oro como dos alfanjes morunos, o como dos medias lunas en movimiento, subrayaban el pétalo de seda de su frente; su boca como fruta madura, se entreabría mostrando granada en sazón donde alleteaba el beso con sus alas de rosa, y su cabellera como un incendio de sol tendida sobre su espalda, eran cosas de las que no se había dado cuenta, pues para colmo de tanta gracia poseía el divino tesoro de su inocencia, impoluta, como el oro en la veta de la mina.

- 0 -

Por fin, un día la llamó el viejo y le dijo:-- Oye, Cira, ya has cumplido catorce años y aun no sabes siquiera leer es preciso que vayas a la escuela; yo hablaré al maestro, Julián, buen muchacho que sabe de letras para que te enseñe. ---Bien abuelo, respondió la niña, yo me siento feliz sin saber leer más que en el alfabeto de las estrellas y en las mareas del mar, pero si usted lo quiere a la escuela iré.

Y a la escuela fué la muchacha, y, aunque de mal grado trocó la libertad de su vivir nómada por las graves lecciones de la rústica escuela de la aldea.

- 0 -

Transcurrió el tiempo con su lento y suave paso, y, a



los pocos meses de enseñanza pudo notar el joven maestro, que estaba satisfecho de su discípula.

Cira adelantaba rápidamente, pues su imaginación tropical, su temperamento artístico inédito templado a tono mayor por el órgano del mar, se inclinó pronto a admirar las bellezas de las cosas, y, como la naturaleza la ofrecía a cada instante ocasión de hacer despertar en ella aficciones espirituales, presto fué un sueño lejano el correteo de pájaro por la playa descañada, y, aficiónándose a los libros, fué desarrollándose su inteligencia, no pensando en las horas libres de clase sino en leer los libros que el maestro le prestaba, para completar con ello su educación.

Su mente se fué abriendo como una flor de cultura a la vida intelectual, al mismo tiempo que su belleza adquiría la casta seriedad de las estatuas acusando divinas morbosidades.

No en balde florecían en sus mejillas aquellas rosas de fuego salpicadas de puntitos dorados, y sus ojos de un turbador verde mar no se bajaban ya tímidos cubiertos por las alas sonrosadas de sus párpados..... la niña se sentía en fin, mujer.

Una tarde gris y lluviosa de esas de las regiones del norte, fué como de costumbre Cira a la escuela y la encontró desierta. La lluvia y la tristeza del ambiente habían ahuyentado al "bullicioso enjambre", y se hallaron solos el maestro y la alumna.

Por lo mismo que no hubo clase para ella, se enzarzaron en pláticas sin color, más... todo estaba en complicidad para ellos, la soledad, la flor bruma del día, el silencio conventual del aula, y así de las palabras sin color, pasaron a las palabras intencionadas, y, pasando, pasando como las cuentas de un rosario, sin darse ellos cuenta ni explicación del fenómeno salió de los labios del maestro la declaración amorosa que prendió su flecha en el pecho de la adolescente.

La complacencia con que la niña escuchaba aquellas palabras nunca oídas, como podía oír el encanto de una música, fué el seguro indicio de su aquiescencia, y el idilio comenzó tierno, suave, como una esquila que suena en primavera, como el alateo de una avecilla en el turquí del cielo sereno, como una fontana que corre suavemente murmurando entre guijas, como tiene que surgir el AMOR.

El "yo te amo", repetido en todos los tonos de la escala musical amorosa fué el tema de la tarde, y, al salir CIRA de la escuela, algo más retrasada que de costumbre, ya eran novios, estaban tácitamente comprometidos.

¿Sabía la niña qué era un compromiso de amor? ¿Sabía la responsabilidad que con ello había contraído? No, solamente sabía que en su interior amanecía, que un algo jamás sentido la adormecía en un éxtasis de divina suavidad, que



un sentimiento desconocido conmovía todo su ser, que sentía un suave perfume a rosas, a frutas maduras, a solva virgen que una alegría innatural la embargaba, que sentía un optimismo tan sano por todas las cosas de la vida, que la hacían encontrar el aire más puro y oloroso, el mar más amado, que tenía ~~un~~ cariño por la vida como nunca lo sintió, pero la niña ignoraba que todo aquello era Amor.

Cuando la campanillería mujeril que todo lo divulga enteró al viejo de los amores de Cira, la sacó de la escuela; pero ¡ay! era el primer amor en el sendero abrilino de la mozoela, y, había prendido con toda la divina fuerza de su savia, con todo el liber robusto de una encantadora florecencia, y con toda la ilusión de la edad adolescente.

La oposición del abuelo fué precisamente el acicate a la voluntad de los amantes, y como ella jamás había conocido lo que era <sup>un</sup> obstáculo a sus deseos y caprichos; nunca encontró barreras que la impidieran dar libre rienda a su albedrío halló ocasión propicia de burlar la vigilancia del abuelo para sus entrevistas con Julián.

Sin el acervo de una educación doméstica bien cimentada; con la locura de la pasión por espuela, CIRA tuvo citas nocturnas con el joven, y los jacintos, las adelfas y las anepolas del pequeño jardincillo de la casa, fueron testigos mudos y eloquentes de los juramentos de amor de los muchachos.

Otras veces a la luz de la luna que extendía su velo de novia por el cielo, cogidos de la mano, paseaban por la playa diciéndole el contracanto a sus ternezas, el monólogo de las alas que morían a sus plantas.

~~Y sucedió, lo que tenía que suceder, que, enajenados con su feliz ilusión, sin una maternal vigilancia que evitara su caída, entregados a su propio instinto, sin una idea de la moralidad, del pudor que se debe una democracia a sí misma, y como conestible a la llama, su propia inocencia que la impedía conocer el mal, cayó la niña y las cosas en un largo lamento lloraron las virginidades perdidas.....~~

CIRA iba a ser madre:

¿Cómo ocultar al abuelo su estado? y, ¡con qué crueldad fueron enterándole las condesas del pueblo de todos los terribles pormenores!

¡Con qué gozo se cedaron en los estorcos mayos de la núbil pecadora, que ostentaba un nido de belleza, de inocencia y de orfandad.....!

En este interregno, Julián, asustado de sí mismo, acobardado ante el escándalo, herido sus sentimientos nobilísimos, si extraviados en una hora roja de pasión, jamás depravados, y arreponidos de su locura, al enterarse de la tempestad amenazadora que atracaría el rayo sobre su frente huyó del pueblo, como desatentado, no por cobardía ni cálculos miserables y egoístas, sino por no agravar con su presencia la si-



tuación de la muchacha, y temeroso a la justa cólera del abuelo, que podría, hacerla doble víctima de su desgracia.

Como esta nunca viene sola, sucedió que Claudio, ya muy enfermo, gastado y abatido por el formidable golpe que le hería, cayó en cama para no levantarse más, y, una mañana de primavera cuando las barcas pescadoras iban a hacerse a la mar, hinchadas sus velas de lino como si fueran ~~las~~ novias del océano, o comulgantes que, con sus cirios votivos iban a recibir ante el ara la azucena de CRISTO en sus labios; ¡unánime blancura! ¡alas de todos los vuelos blancos del espacio! cerró sus ojos para siempre, allí junto al mar bravo que retara su fuerza moza, ante aquellas olas que le conocían como antiguas amigas, dejando en el mundo a CIRA ISOLA!

El esquilon de la ermita plañiendo en un lúgubre y largo sonido en tono bemol, anunció a los vecinos del pueblo que la MUERTE había pasado por allí....!

- 6 -

CIRA no sabía trabajar:

~~Sin embargo, devorando las recibiflas de las almas ruines, y valientemente madre, afrontó valientemente la vida, y buscó donde ganar el pan; los pescadores, hombres honrados y buenos, menos crueles que sus mujeres de rustica impiedad, le dieron cosas de necesidad que ella vendía en la ciudad cercana, para con su producto irse manteniendo mientras esperaba la terrible hora, dulce martirio para la mayoría de las madres, signo de oprobio para ella.~~

Fué una noche de luna en ~~la~~ *noche lucida* mientras ésta paseaba su hombre desnudo por el espacio. Todo cantaba a tono menor con musical sordina; las hojas silbando sus canciones paganas secretándose entre el misterio de sus ramas; las olas murmurando quedamente sus rituales salmos mientras derramaban en la arena de la playa los cisnes de sus espumas, la brisa haciendo cabecear dulcemente las copas de los árboles al beso del terral, todo era paz abacial en el ambiente.

En medio de esta plácida calma se oyó un espantoso alarido, como de fiera herida, un grito de agonía, de dolor inenarrable seguido de un débil vagido susurrante, implorante grito de socorro que lanza el niño al penetrar como la Aurora por el pórtico de la VIDA.

Cira sintió en esos momentos supremos todo el peso de su desgracia. Como un cuerpo inerte permaneció desfallecida muchas horas tendida en la negrura de su desamparo.

Súbito, como presa de una idea de locura que sólo puede engendrar un cerebro invadido por la niebla del dolor, se levantó del pobre camastro en que yacía, envolvió a su hija, una hermosa niña como flor de primavera en unos gruesos trapos, y, silenciosamente, como leona herida que rastrea una presa, se dirigió a la playa con su preciosa carga en brazos.

Amanecía.

En el silencio cobarde de la mañana primaveral, sólo se



percibían los ruidos de la NATURALEZA: las olas al morir blandamente a la hora de la bajamar, adormecidas por el letargo de la noche, tejendo su encaje sobre la almeja-dilla de sus almas; el aleteo de un pájaro al lanzarse del nido, los peces borbando la cresta de las ondas con el cebrilleo de sus escamas de plata, al horizonte el cielo rosa y nácar de caracol se combatía; el sol se disponía a trazar su disco sobre el perfil de las montañas violeta, atravesado su corazón de oro por las espadas flamígeras de sus rayos en la celebración ritual de su misa; las flores meciéndose en su tirsos; ponían al día que comenzaba un comentario de amor; la bruma besaba a la Aurora en su sublime impudor; una teoría de alciones surcaba en cortejo imperial la línea de sutura del mar y el cielo; los sauces del humilde comentario lloraban sus lágrimas de rocío, y todo rimaba con la hora mística de la alborada.

CIBA en un desaliento azul miró al mar, al mar amor-  
do como implorándole protección, y, avanzó dentro de las  
aguas abrazada a su hijo. Una pálida sonrisa de religio-  
sa entreabría la corola de su boca donde florecía una go-  
ta de agua, una lágrima comprendida del interminable so-  
llozo de la noche; su pobre corazón inquieto a la hora trá-  
gica de la prueba saltaba como un pájaro debajo de los ca-  
pullos de amor de su seno; y, humida su cara en el río do-  
rado de su cabellera que la cubría como un áurora vanto,  
y llevando sobre su regazo a la niña, cuya cabecita defen-  
día como un disco el seno de su madre, fué avanzando, avan-  
zando dentro del agua verde del mar, verde como sus pupi-  
las cósmicas distoladas por dos alenjes normos, que la  
recibía como en un reposorio de caridad, y, abrazada siem-  
pre a la cruz de su dolor fué humedeciendo, humedeciéndose den-  
tro de las aguas con su cabellera tendida como un incendio  
de sol dentro del mar, al resplandor divino de la materni-  
dad.....

4938  
En punto. P.L.